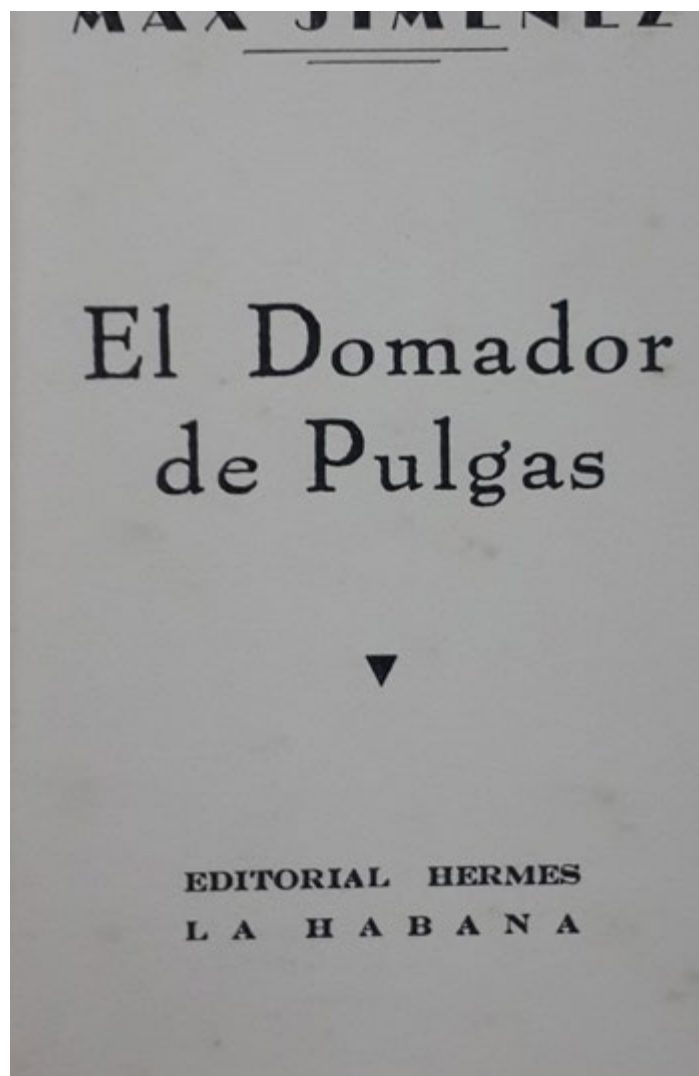


4 El domador de pulgas

Max Jiménez



¿Es una novela? ¿Es un apunte filosófico? ¿Está escrito en broma? ¿Deben ser tomadas en serio las afirmaciones que llenan esas páginas?

Tales interrogaciones insinúan, en la mente del lector, inquietudes que no se satisfacen enseguida.

Vienen el deseo, que no se puede resistir, de leer otra y otra vez el pequeño libro: así va haciéndose cada momento más grande y más profundo.

Es una novela del dolor a la par que una novela del placer. Hay una voluptuosidad desconocida en la lectura de la segunda novela de Max Jiménez, que tiene momentos de sátira petroniana. En ocasiones, parece escrita entre carcajadas burlescas. Hay instantes de sainete que parece historia. Hay páginas en las que la tragedia destila risa y la comedia se deshace en lágrimas.

En la canción de gesta del diminuto y movable universo de las pulgas. Dan deseos de trasladar las palabras muertas de lo escrito a las inquietas oraciones del trovador; aún más, llevarlas a vivir la efervescencia contagiosa de los escenarios con su público que, a veces cree entender y llora y, en ocasiones, no comprende y, entonces, ríe.

No encontramos, en El domador de pulgas, héroes que se apartan de lo corriente, ni aventuras sobrenaturales con transformaciones inmediatas, ni gestos de honor calderoniano, ni fidelidades femeninas, ni engaños hombrunos. Nada de lo imaginado, de lo desconocido, de lo divino, aparece aquí. Es la humanidad vista con un microscopio que, acercando los seres, los hace cada vez más diminutos.

Los hombres, observados desde un ángulo de perspectiva original, parecen pulgas. Las pulgas, miradas desde cierto punto de fuga, parecen hombres.

El domador de pulgas tiene la culpa de todo hasta de la propia destrucción. ¿Por qué quiso transformar su vida de circo bullicioso en la no grata existencia de redentor? ¿Para qué crear una generación nueva si en el resultado que se ha de obtener, se repetirá, hasta la saciedad, lo eterno y aburridamente conocido?

Desfilan por la página de este curioso libro las infinitas vanidades, las nunca saciadas ambiciones, las pequeñas grandes miserias mora es que hacen anquitosos la vida de las pulgas que parecen hombres y la existencia de los hombres que nada tienen que envidiarles a los insectos de los saltos prodigiosos.

Es natural que lo que, por culpa de su desmedida pretensión ante sus ojos admirados sucede, llena de tristeza el espíritu bien intencionado del atrevido domador.

¿Cuándo no se arrepiente el hombre de haber alentado buenas intenciones en favor de los demás?

Desfilan, con sus admirables perfiles humanos, la pulga que asesinó; la adúltera que de su propio crimen supo aprovecharse; la que discute de amor sin conocerlo y la que sufre de ese mismo mal sin explicárselo; la que lee mucho; la platónica y la epicúrea; la que vive de la ventana de caricias; la estudiosa de los temas de ultratumba; la espiritista que a sí misma se engaña y la bruja que miente y enreda con sortilegios ilusorios. Sigue el paseo, a lo largo de un muslo magnífico o de una espalda armoniosa: la pulga que se envilece en un vicio continuado, alcohol o vanidad, lujuria o venalidad; acá la repulsiva pulga buena que hace odiar de corazón el epíteto imposible; allá, la de impulsos artísticos, de inquietud de manos de ciego, la que va sembrando el desconcierto en las almas porque no quieren entenderla o no pueden explicarse aquellas actividades nada comunes. No falta, y era imposible que tal cosa sucediera en momentos de honda justicia social, no deja de concurrir a la llamada, el caudillo que sabe aprovecharse del temperamento ovejuno de sus compañeros. Última, pero no menos valiosa, la pulga lírica, de alma inútil, que no logra vivir en su tiempo y se encapricha y quiere que los demás la sigan en sus alucinaciones y en sus vaticinios.

¡Pobre domador! Los mismos seres que quiso y logró redimir se han alimentado de su sangre fuerte y lo han convertido en nada menos que en un fantasma. ¡Destino cruel de quienes pretenden convertirse en redentores de ajenas culpas!

El libro resulta interesante desde todo punto de vista. Es consolador, como todo libro porque, lo afirma el autor y merece honda fe, la obra de arte no es sino una rebelión contra la muerte, almacena energía, salva existencias: en la obra de arte queda crucificado, hasta la consumación de los siglos, el autor como en la obra de redención se proyecta hacia el infinito, el error patente del que quiso redimir a sus semejantes.

El estilo natural de Max Jiménez produce que el placer de la lectura vaya en aumento desde las primeras hasta las últimas palabras.

¿Es una novela? ¿Es un apunte filosófico? ¿Está escrito en broma? ¿Debe ser tomado en serio?

Para mí, es una novela de valor que debe ser leída con la filosofía serena de quienes contemplan el mundo, unas veces, riendo de sus farsas arlequinescas: en otras ocasiones, tomando en serio lo que va desfilando, sin interrupción por ese escenario infinito en el que se desenvuelve la vida de los hombres.